

**“La agilidad general de los miembros y su capacidad de resistencia en los distintos movimientos son los puntos que comprende la educación física elemental.”**



## 18 ¿Con tacto o a trancazos?

A menudo preferiríamos desviar la mirada. Aprovechamos un día de lluvia para visitar un museo y ocuparnos esta vez no de pintura, pero sí de artesanía. En las vitrinas hay tejidos muy delicados, fantásticos productos ornamentales de primer orden, finos como hilos de oro y se nos dice que están hechos de paja. ¡Vaya, qué manos tan ágiles tenían esos hombres, mujeres y niños! Sí, mejor sería desviar la mirada, para no percibir lo débiles, incapaces y torpes que nos han hecho los maravillosos inventos técnicos. Pestalozzi tenía razón, las capacidades se desarrollan únicamente al ejercerlas. Se nota, lamentablemente, en el área de las habilidades manuales. Los avances técnicos le han ido restando al hombre, de los países ricos de occidente, habilidad manual. Todo parece sencillo, ya no hay que mover un dedo. Sin embargo, esta comodidad tiene su precio, y es el de la pérdida de nuestra destreza manual y de nuestro “tacto”.

Hace ya tiempo que, bajo la influencia de Pestalozzi, la escuela ha aceptado su papel de desarrollar las capacidades manuales del niño. Por ejemplo, en Suiza, que es el caso que mejor conozco, los varones aprendían primero - en las “clases de habilidades manuales”, como se les llamaba - a manejar: papel, tijeras, plegadores, cuchillas; y más tarde: el serrucho, la perforadora, el cepillo y el formón de carpintero. A veces, durante la lección de manualidades, los chicos podían limar, lijar, pulir, martillar o soldar. Mientras que las chicas, a lo largo de su escolaridad, hacían un aprendizaje colectivo de costureras y modistas. Las mejores eran capaces, al terminar los estudios, de hacerse su propia ropa, además de saber todo tipo de puntos de tejido, gan-chillo y bordado. Como si no bastara, aprendían también a cocinar, a decorar

las habitaciones y a llevar una casa. La formación práctica de las chicas se tomaba más en serio que la de los varones. Tenían como una segunda y una tercera formación además de la que procuraba la escuela normal, o sea, una escuela laboral y otra doméstica. Las maestras adquirirían, a través de seminarios especiales, la formación adecuada para ejercer su profesión.

Pero eso ya es historia. La educación - según el sexo - ya no tiene vigencia pues la situación económica que, en el siglo diecinueve, justificaba la organización de una formación práctica para la vida, ha cambiado radicalmente. Por razones económicas, un joven hoy en día ya no tiene que saber tejer calcetines y pulóveres, coser camisas, zurcir pantalones, hacer cajas de cartón o construir estantes de libros como un carpintero. Las especializaciones necesarias han sido reemplazadas por otras, hoy en día, los chicos y las chicas deben aprender las mismas cosas y los objetivos en las clases de trabajo manual, trabajo textil y economía doméstica han sido modificadas e implementadas. Sobre todo se ha recortado el tiempo global para las manualidades y lo práctico - especialmente para las chicas.

Ésto no queda exento de consecuencias. Es cierto que hoy en día la mayoría de los niños todavía sabe tejer, pero sólo una minoría adquiere la verdadera destreza para poder usarla en la vida real. Pero no importa, al menos saben que existe el tejido y cómo se teje. Podemos constatar lo mismo respecto a otras técnicas manuales. Es verdad que la gama de ocupaciones manuales que se pueden realizar en las escuelas se ha ampliado, pero el nivel de capacidad que se alcanza en cada técnica es bajo. La razón es simple y es que los niños tendrían que pasar mucho más tiempo practicando seriamente, hasta alcanzar el nivel de destreza deseado. Pero claro, esto le resulta muy tedioso a todo niño mimado que no quiere dedicarle el tiempo necesario a la misma actividad y que exige constantemente variedad.

A veces se puede constatar que los talleres perfectamente equipados para trabajar la madera tienen poco uso y tan solo se deterioran. Simbolizan así, la crisis del trabajo manual. Esto es a la vez obvio e inevitable, pues el motivo real que justificaría una verdadera y buena formación manual, se ha perdido por la presión económica. La pregunta clave que nos deberíamos plantear es: ¿qué otra cosa pudiera justificar, hoy en día, las clases de trabajos manuales? Yo veo tres:

*La primera* es que: si bien la técnica ha ido aliviando al ser humano del peso de sus tareas físicas, y que el tiempo necesario para ganarse el pan se ha acortado, ha surgido, con eso, un nuevo problema que es el de cómo llenar el *tiempo libre*. Muchas personas buscan hoy, en su tiempo libre, una actividad

que tome en cuenta sus capacidades manuales. Por lo tanto, es bueno que las lecciones de trabajos manuales en la escuela enseñen técnicas básicas e incentiven ocupaciones concretas. Entre ellas están las técnicas clásicas con los textiles, así como el modelaje con arcilla, el buen uso de las tijeras, del papel y la pega y de todas las herramientas necesarias a la creación artística.

*La segunda* es que la economía actual sigue, como antes, precisando una mano de obra que sepa utilizar con destreza sus manos. Una buena lección de trabajos manuales puede ser útil, no tanto por el hecho de que nos prepare a los aspectos específicos para un aprendizaje profesional, sino más bien porque estimula las capacidades manuales en general.

*La tercera:* en los dos puntos ya mencionados, se ven las manualidades respecto a su uso práctico posterior. Así también se justificaron, en el pasado, las lecciones de habilidades manuales y la “escuela laboral”. Pero la formación de todas nuestras capacidades físicas, y no únicamente las manuales, puede y debe ser algo más, o sea: formar parte de una educación completa. Esto corresponde a la manera de pensar de Pestalozzi. Los jóvenes deben de gozar de una *educación general*. Las capacidades desarrolladas deben habilitar a la persona para afrontar cada fase de su vida. Una buena formación en trabajos manuales no es sólo benéfica para nuestras capacidades manuales, sino que también incentiva otras cualidades como la perseverancia, la sensibilidad por las formas, el razonamiento práctico, la precisión y el cuidado.

Se entiende que la política educativa, en el marco de las corrientes actuales, pone énfasis en los dos primeros puntos y atribuye calidad a la educación de acuerdo a su utilidad económica. Por eso, nuestro deber de pedagogos consiste en retomar la tarea de abogar por una formación que ponga a las personas - como *seres humanos completos* - en el centro, y no sólo ponga énfasis en las necesidades de la economía. Una de estas exigencias concierne el desarrollo de la “mano”. El hecho de que hoy en día las escuelas lo descuiden en buena medida, perjudica el desarrollo del ser humano.

¿En qué medida el desarrollo de la destreza manual – no sólo en las manualidades sino también en la caligrafía, el dibujo y la pintura – contribuye a nuestro desarrollo como seres humanos completos? He aquí las posibilidades que yo veo:

- Como bien se sabe, el bebé descubre el mundo, primero: a través de su boca, y poco después: de sus manos. Todo aquél que usa sus manos – desde el bebé al anciano – aprende, con cada movimiento, cosas esenciales para la

vida que no precisan ser expresadas con el lenguaje. Es la mano misma la que hace contacto con el mundo, que se adapta a él y se apodera de él independientemente. Cuando Pestalozzi habla de “observación”, se refiere a la percepción del mundo con todos nuestros sentidos, incluyendo el tacto y el movimiento. La “percepción” es particularmente eficaz cuando se hace con las manos. En este sentido, la mano participa también en la “observación” del mundo material.

Un ejemplo: Al modelar por primera vez con arcilla, nos damos cuenta de que los dedos, al inicio, operan torpemente y sin meta, sin una real sensibilidad en cuanto a la consistencia, a la resistencia y maleabilidad del material. Pero las manos y los dedos van adquiriendo experiencia, se ajustan a la realidad del material con el cual están trabajando, se adaptan casi imperceptiblemente a lo que requiere, a sus posibilidades y casi automáticamente, la idea que tenemos va tomando cuerpo. Nuestros dedos “piensan” y actúan por sí mismos a medida que se vuelven hábiles.

-Usando nuestras manos hacemos tal vez nuestro mayor descubrimiento, a saber, que no todo lo que imaginamos es realmente realizable. La mano nos va diciendo lo que se puede y lo que no. De esta manera surge también, a partir del trabajo manual práctico, el *sentido común práctico*, el llamado “tacto”, la sensibilidad ante situaciones delicadas pero que son importantes. No es raro que en las empresas, los cuadros superiores que empezaron haciendo trabajos manuales, tengan mejor reputación entre sus empleados que los “puros teóricos”, quienes a menudo no tienen ni la más remota idea de lo que es factible y de lo que no lo es.

- El trabajo que se hace con la cabeza es central en nuestras escuelas. Sin embargo, tiene la gran desventaja de que los alumnos casi no perciben a través de sus sentidos, no “palpan” los *resultados de sus esfuerzos* y sólo los ven a través de las calificaciones o notas. Esto es muy diferente en el campo del trabajo manual. Ahí, el *resultado* del esfuerzo se *percibe* cuantitativa y cualitativamente. Los logros visibles motivan para realizar más esfuerzos y por eso constituyen un motor que es de gran ayuda para incentivar a tantos alumnos apáticos. La *perseverancia* se obtiene particularmente a través de las actividades manuales en las que se manifiesta constantemente el grado de trabajo que el alumno ha alcanzado, señalándole así lo que ha hecho y lo que le falta por hacer. Y cuando finalmente obtiene un resultado satis-

factorio o simplemente bueno, esto aumenta la *confianza en sí mismo* y su *autoestima*. Preguntémosle a un albañil si se siente inferior a un empleado de oficina y responderá orgulloso que él se alegra de poder contemplar, al final del día, el resultado de su labor.

- La sociedad contemporánea tiene varios nombres, uno de ellos es *sociedad de consumo*. Se bota, no sólo las cosas defectuosas o inservibles, sino casi todo y sin remordimiento, como si nada. Muchas personas ya no tienen ningún *vínculo interno con las cosas materiales*. Muchas de ellas son simplemente ornamentos momentáneos y - como tales - pierden rápidamente su atracción. Por lo tanto, se les arroja a la basura. Cuando se tiene un vínculo interno con un objeto, uno conoce su historia, lo usa o lo mira con placer, lo cuida, lo limpia y se deshace de él con pesar. Obviamente es muy difícil establecer un lazo afectivo con los productos elaborados industrialmente. Sólo lo que logramos con gran esfuerzo es lo que se nos vuelve entrañable. Ni el esfuerzo que hayamos empleado para elegir un objeto con cuidado, ni el precio elevado que hayamos pagado por él, son comparables a la energía y al tiempo que empleamos *creándolo nosotros mismos*. Cuando el niño puede realizar objetos concretos en la escuela le estamos permitiendo que cree lazos afectivos con ellos.

¡Qué rápido se pintarraja con una lata de spray la estatua de una fuente! Pero si los niños pudieran - ellos mismos - con cincel y a golpe de martillo esculpir una figura sencilla, nunca desfigurarían, de puro hastío, su propia creación. Tampoco desfigurarían la de sus compañeros, a menos de querer hacerlo para provocarlos. El vandalismo institucionalizado tiene sus raíces en la falta de nexos afectivos con las cosas, esto lleva a la falta de consideración por lo que otros han hecho dedicando tanto esfuerzo y tiempo.

Esto nos conlleva a los principios que sería sensato seguir si quisiéramos tener éxito en el desarrollo de las capacidades manuales. Veamos cómo Pestalozzi entendía estas cosas. Para él, el desarrollo de estas capacidades era un proceso en cuatro etapas. Pero subrayaba, sin embargo, que el desarrollo de las capacidades físicas está, desde el inicio, *vinculado con las capacidades intelectuales*. Esto se ve ya en la primera etapa:

Pestalozzi llama esta primera etapa o *primer nivel* “atención a la exactitud”, o dicho de modo familiar “saber cómo”. En ella se le explica al alumno lo que es importante, cuál es el movimiento adecuado que debe hacer y cómo se usa correctamente tal o tal herramienta. Por lo general, esto lo explica el

maestro o mejor dicho lo demuestra, normalmente, varias veces empezando despacito y elucidando, en cada etapa, lo que es decisivo. Al inicio hay, por lo tanto, un acto intelectual.

Hoy en día, muchos maestros rechazan la idea de que en el ámbito de las manualidades sólo haya una manera correcta de hacer las cosas y conceden a los alumnos, ya en esta fase preliminar, una libertad de acción más o menos grande. De esta manera, los alumnos terminan casi siempre por acostumbrarse a hacer movimientos falsos, a maniobrar equivocadamente las herramientas y luego, cuando se trata de enseñarles trabajos más complejos tienen grandes dificultades para quitarse los malos hábitos.

Esto se evidencia en la manera que tienen los alumnos de escribir y de dibujar. Sin duda alguna, los niños ya pintaron y dibujaron en el preescolar, pero generalmente nadie se preocupó de enseñarles a sujetar el lápiz sin contracción. Sin embargo, es en ese nivel de kindergarten, que hay que enfrentar el problema. Si esto no se hace a tiempo, las posturas y los movimientos poco prácticos se consolidan definitivamente y producen escrituras que no son propiamente personales sino únicamente torpes. Claro que hay actividades en las que es recomendable dejar al niño hacer las cosas a su aire. Pero no comparto la idea de que este proceder se convierta en norma, por los motivos siguientes:

- Cada habilidad, como la de escribir, tejer, hilar, coser, tocar un instrumento, realizar un deporte específico, utilizar ciertas herramientas ha sido desarrollada, a lo largo de los años o de los siglos, por expertos competentes. Por eso, *cada técnica* representa *un logro social* y el éxito depende primero de la observación de estas técnicas. Cada herramienta ha sido concebida pensando en un uso muy determinado y la manera de emplearla es por lo tanto relativamente limitada. No tiene realmente nada que ver con libertad y fantasía eso de dejar en manos inexpertas de niños, unos instrumentos, que hasta pueden ser peligrosos, y pedirles además que “sean creativos”. No veo por qué motivo, las medidas de seguridad que la ley impone al uso del formón de carpintero no se aplican a todas las herramientas, incluso a los útiles necesarios para escribir.

Para los pasatiempos, esta idea fundamental de Pestalozzi se acepta con toda naturalidad, bien sea al participar en una primera clase de golf o al asistir a una clase de ballet para niños. Por eso no comprendo la resistencia que me oponen ciertos colegas cuando les exijo, que no dejen que los chicos

se acostumbren a escribir las letras o los números al revés, y que les enseñen a sujetar correctamente los lápices.

-Un pedagogo que ama a los niños toma en serio sus deseos y responde a ellos. Esto no significa, sin embargo, que los aceptemos siempre. Más bien, los tomamos en serio cuando nos enfrentamos abiertamente a ellos. Si aceptamos incondicionalmente los deseos del niño, propiciamos una *actitud antisocial*: el niño comienza a creer que sólo debe hacer lo que su voluntad requiere. Pero el mundo, tal como es, y la sociedad – no sólo la nuestra, sino todas las sociedades – tiene, justificadamente, exigencias que todos debemos cumplir. Si un joven no aprende esto, a más tardar durante su aprendizaje, lo tendrá que hacer. A este nivel - debido a la seguridad, la cualidad y la eficiencia – deberá, sin discusión alguna, plegarse a técnicas de trabajo muy determinadas.

En el *segundo nivel* de Pestalozzi, se trata de que el niño imite al maestro e intente hacer las cosas por sí sólo. A menudo debe adquirir también la fuerza física que necesita para realizar la secuencia de movimientos correctos. Por eso, Pestalozzi designa esta fase como “fuerza de la imitación”. El maestro debe observar atentamente a los alumnos y señalarles los errores al imitar los movimientos deseados. Por ejemplo, al inicio, no deberíamos dejar que un niño practique sólo su instrumento de música, sino acompañarlo hasta que estemos seguros de que no va a cometer siempre los mismos errores.

En el *tercer nivel* se trata de *fluidez, de destreza* y – para hablar como Pestalozzi – de “ligereza y ternura de los movimientos”. Es el nivel del *ejercicio* paciente y perseverante. Con él, el niño se relaciona cada vez más con la habilidad adquirida. Comienza a realizar correctamente los movimientos que se necesitan, sin tener que pensar en ellos. Lo experimenta en sus movimientos y con ellos tiene éxito. Aquí se forma esa “percepción de la mano” que he descrito al inicio.

El *cuarto nivel* es el nivel de la *libertad y autonomía*. El aprendiz ha adquirido un cierto “dominio” o una cierta “maestría”. Esto significa primero, que ya puede usar la habilidad adquirida para realizar lo que desea, ya sea por que le gusta o por otros motivos que le parecen importantes. Si por ejemplo ha aprendido a tocar un instrumento de música, puede elegir libremente lo que va a tocar; si ha aprendido las técnicas para trabajar la madera, puede escoger lo que va a construir. Y segundo, que - si lo cree necesario - puede de-



sarrollar la técnica para que le sea útil. Este cuarto nivel es el de la verdadera creatividad.

Sin duda debemos felicitarnos de que hoy en día haya mucho más sitio para la fantasía y el anhelo de creatividad en las obras de los alumnos, de lo que había antes. Sin embargo, existe el peligro de que así se pierda todo sentido de obligación, de determinación y que al final todo se haga más o menos a voluntad. En este sentido, la obligación o determinación – tal y como el alumno la experimenta al utilizar una técnica o al servirse de una herramienta – forma el contrapeso necesario. *La técnica* se transmite socialmente y por eso es determinante, naturalmente, dentro de unos límites aceptables; el *contenido* es la expresión de la creatividad individual y por ello es libre. En esta síntesis de reglas adquiridas y transmitidas por la sociedad y por la creatividad individual, el alumno percibe de manera ejemplar una de las condiciones básicas de nuestra existencia en tanto seres humanos.

En este capítulo sobre el desarrollo de las habilidades manuales he insistido, a propósito, sobre el cuidado especial de las técnicas y el uso apropiado de las herramientas y del material. Con ello sé que estoy siguiendo los principios de Pestalozzi. Trato así de oponerme al poco valor que se le atribuye al trabajo manual en general. Nuevos factores parecen contribuir constantemente a esta devaluación del trabajo manual:

- Todos los productos de nuestra vida moderna que han sido hechos a máquina adquieren un cierto grado de perfección y por ello pueden parecer impersonales, fríos y muertos. Esto provoca una reacción, particularmente entre los jóvenes. Como contrapeso, ellos prefieren lo imperfecto, incompleto, usado y gastado. ¡Observemos el modo de vestir actual! La publicidad también utiliza la imperfección generando dibujos que parecen hechos por niños y una escritura bien torpe para sugerir espontaneidad, viveza, sinceridad. Por lo tanto, también es bueno que un maestro se alegre de la poesía que encierra la imperfección y evite de frustrar a los alumnos con exigencias de cuidado y exactitud excesivos.
- No sólo la moda y la publicidad cultivan la imperfección, sino que también lo hacen las artes plásticas. Lo digo sin hacer un juicio de valor al respecto, pues ni el rechazo, ni el cultivo de lo perfecto dice, en sí, algo del verdadero contenido. Al menos desde los impresionistas conocemos lo que es alejarse de la perfección del detalle. Los más consecuentes en esto fueron supues-

tamente los “Jóvenes salvajes”. Todo lo que se arroja o se salpica apasionadamente parece espontáneo, fresco, emocional. De esta manera, no sólo se libera el artista, sino que también se libera el observador, dejándole hacer con la obra lo que desee. También algunos escultores rechazan lo que se aparenta a la perfección y atacan febrilmente la arcilla o hacen una talla de madera con una sierra mecánica. Una vez más, no pretendo juzgar, pues el “arte” tiene sus propias leyes. Sencillamente es un hecho que gran parte de los artistas plásticos han rechazado y aún rechazan lo perfecto y este desarrollo tiene repercusiones hoy en día en la vida escolar: el cuidado, la exactitud, la fineza tienen dificultad para imponerse. Antes se reprendía al alumno que manchaba con tinta su cuaderno, hoy en día, cuando un artista derrama sin querer un poco de pintura demasiado líquida sobre su obra, como el rastro de unas lágrimas, así lo quiso el destino.

- En cierto modo, tampoco Pestalozzi tomó muy en serio al niño en sí. Lo consideraba ante todo como un ser que había que educar para que pudiera convertirse en un ser humano completo y cumplir con sus tareas de adulto. En este proyecto, el juego, la fantasía infantil y la espontaneidad del niño tenían poco espacio. Considerar al niño como tal, reconocer el propio valor de la infancia, de lo infantil es a penas una conquista del siglo veinte. También en este sentido se puede exagerar y esto sucede cuando no se le impone ningún límite al egoísmo infantil y que se practica un “laissez-faire” o una permisividad que confía incondicionalmente en las propias capacidades del niño para desarrollarse el mismo. En este contexto, la idea de que los niños tienen que aceptar y adquirir normas sociales tiene naturalmente poca aceptación.

Para que me entiendan bien, soy un gran aficionado del arte moderno y me gusta la poesía que hay en la imperfección y las declaraciones espontáneas de los niños que aún no han ido a la escuela. Pero todo tiene su sitio. Si les doy arcilla en la escuela, los niños deben poder realizar, con toda naturalidad, sus propias experiencias. Si les doy pintura para pintar con los dedos, debo dejarlos libres como los “Jóvenes salvajes”. Pero ya con las tijeras es otra cosa, debo enseñarles a maniobrarlas para que no le saquen el ojo a nadie y obtengan un buen resultado al usarlas. Si se trata de realizar un recipiente de arcilla tampoco me puedo fiar únicamente de su espontaneidad. A los menos hábiles, si aún no lo han percibido ellos mismos, debo explicarles que no hay

que hacer ni muy poca ni demasiada presión al enrollar la arcilla, pues no quiero que lloren al sacar las piezas del horno porque el aire se coló en la arcilla. No quiero que un niño se frustre cuando el hermoso recipiente que ha hecho colapsa al llegar al tope, porque omitió reforzar las paredes que unen el fondo del vaso y los costados. O para decirlo básicamente, para mí, toda parcialidad es un error, y busco, como en todo, la síntesis entre tradición e innovación, libertad y obligación.

En el título puse la pregunta: “¿Con tacto o a trancazos?”. Ella refleja mi idea de que una persona que ha “formado” sus manos desarrollando el “tacto” opta más bien por hacer las cosas con dulzura y no a trancazos. Es obvio, sin embargo, que el resultado educativo al que aspiro, que es el de lograr humanizar a las personas, no sólo se alcanza “educando” la mano, sino que exige precisamente la formación y educación de todo. Esto incluye también ejercer la manera de resolver correctamente, desde el punto de vista psicológico, los conflictos. De ello me ocupó en los capítulos 20 y 21.